

Belleza y ser personal: reflexiones en torno a la belleza más honda del ser humano

Beauty and personal being: Reflections around the deepest beauty of the person

JAVIER BARRACA*

Resumen: Este texto investiga en torno a la relación entre las nociones de belleza y de persona humana. Explora filosóficamente la estrecha vinculación existente entre el ser personal y los diversos significados y elementos implicados por el concepto de belleza. Distingue cuatro sentidos profundos de lo bello presentes en la persona humana, más allá de la mera belleza de la apariencia sensible externa del sujeto: la belleza ontológica o metafísica, la del alma o espíritu, la moral o ética, y la del amor o vocación. Se analizan estos aspectos, advirtiendo gracias a esto las conexiones que cabe captar entre ellos. Se concluye subrayando la necesidad de apreciar un sentido hondo o profundo de la belleza con respecto al ser personal. Finalmente, se señala hacia el mismo interior humano o corazón, como centro nuclear en el que se anudan y donde convergen los diversos significados de esta belleza más profunda de la persona humana.

Palabras clave: persona, belleza, ser, armonía, corazón.

Abstract: This text investigates around the relationship between the notions of beauty and of human person. It explores philosophically the close connection existing between the personal being and the diverse meanings and elements implied by the concept of beauty. Distinguishes four deep senses of the beautiful present in the human person, beyond the mere beauty of the external sensitive appearance of the subject: the ontological or metaphysical beauty, the soul or spirit, the moral or ethical, and the love or vocation. These aspects are analyzed, noting, thanks to this, the connections that can be captured between them. It is concluded by emphasizing the need to appreciate a deep sense of beauty with respect to the personal being. Finally, it points to

* Universidad Rey Juan Carlos, Madrid. E-mail: javier.barraca@urjc.es

the same human interior or heart, as a nuclear center in which they knot and where the different meanings of this deepest beauty of the human person converge.

Key words: person, beauty, being, harmony, heart.

Recibido: 02/03/2018

Aceptado: 12/12/2018

“Cada belleza caduca es epifanía de una esencia perenne”
(J. M. Sánchez de Muniain)

1. Presentación: en pos de una belleza más honda en la persona humana

¿Existe o no una belleza más honda y radical del ser humano que la de su mera apariencia o disposición desde la perspectiva de lo sensible? Y, si existe tal belleza: ¿cuál es su alcance, su naturaleza, su carácter preciso? ¿Consiste esta, entonces, no ya en una belleza exterior y accidental, sino en otra que se halla más bien vinculada con lo interno y lo esencial de nuestro ser? ¿Dónde se sitúan, si esto es así, la fuente y el asiento genuinos de esta belleza originaria y fundamental, apreciable en lo humano? ¿Cuáles son sus expresiones concretas, sus causas, su sentido? He aquí algunos de los interrogantes iniciales tras de los que parte esta indagación filosófica, que va a conjugar lo estético y lo ontológico sobre la base de lo antropológico, de acuerdo con un estilo de pensar en sintonía con la óptica adoptada por una filosofía centrada en la persona.

El propósito, en fin, de esta reflexión se orienta, tal como acaba de exponerse, hacia la investigación en torno a un posible sentido profundo de la noción de belleza, en relación con la persona humana. El principal interés de ello consiste en que este sentido puede colaborar a superar la reducción del concepto de lo bello a lo meramente exterior y sensible. La causa de esto estriba en que la experiencia del humano existir parece presentar ya ciertos indicios de evidencia acerca de otra forma de belleza, atestiguar en favor de una belleza más honda en la persona humana, una belleza que palpita en el sujeto personal pero que no se limita a su sola apariencia sensible. Este alcance fundamental de la belleza, si ha de cooperar a superar determinado materialismo o reduccionismo de lo bello respecto a la persona, debe comprenderse de acuerdo con una significación más rica de la belleza. Además, tendrá que vincularse con

el propio ser del sujeto personal, no derivar de sus aspectos físicos o su figura material, si ha de ofrecer un substrato originario y radical a este alcance más amplio y profundo de lo bello.

2. Advertencias preliminares de la presente exploración

Todo lo anterior indica que este sentido más hondo de la belleza, tras cuyas huellas camina la presente exploración filosófica, probablemente hunda su raíz no en lo extrínseco, sino en lo intrínseco de la realidad humana, y así en el fondo del ser humano mismo. Ahora bien, ello nos conduce a su vez hasta el núcleo de dicha realidad, que se sitúa el mismo acto de ser persona, en el centro del ser personal. Por eso, cabe acaso denominar a esta clase de belleza como metafísica u ontológica. Desde este punto, se pretende además indagar asimismo en otros tipos de belleza profunda, también en sintonía con este tenor radical de la noción. Entre ellos, surgen muy pronto: la belleza del espíritu, la ética o moral y la ligada a la vocación personal o el amor. Pero ¿cuáles son las claves de todas estas dimensiones o aspectos de la belleza más honda, latente en la persona? Y, también, ¿hasta qué extremo resulta plausible establecer un núcleo de unión que anude firmemente entre sí todos estos posibles significados con fecundidad? Las páginas que siguen constituyen un esfuerzo por recorrer este itinerario filosófico acerca de una belleza verdaderamente primera o nuclear en la persona, y para ello caminan de la mano de un estilo de pensar específico, cuya orientación cardinal se halla en una filosofía que sitúa como centro de su atención a la realidad de la persona.

Junto a estas advertencias, conviene sumar asimismo la de que la reflexión aquí desarrollada asume cierto a priori, latente en su fondo. Se trata del supuesto de que esta belleza radical o más honda del ser humano conecta, al cabo, con el dato de su procedencia del amor de Dios, y por tanto con el de la existencia misma de tal Dios Amor, así como finalmente con el de la profunda vocación humana al encuentro con esta trascendencia.

3. El valor de la belleza personal en su sentido profundo

Se ha dicho: “La belleza salvará al mundo”¹. Ahora bien, esto resulta profundamente cierto, desde la perspectiva de la filosofía de la persona, en la medida precisa en que la belleza referida en tal aserto sea compren-

¹ Palabras de la célebre novela *El idiota*, de F. Dostoievsky, Alianza ed., Madrid 2012, Parte III, capítulo V.

didada en su sentido más hondo. Esto es, en la medida en que se señale de este modo justamente a la belleza que corresponde a la persona por el hecho mismo de ser persona: a la belleza “personal”, en el más radical alcance de esta expresión. Ello, debido a que solo la persona humana alcanza a manifestar –a reflejar como imagen– una belleza que nos remite a lo ilimitado, lo desbordante, lo sobreabundante. Este alcance más hondo de la belleza, presente en la persona humana, puede además contribuir a liberarnos, en cierto sentido, de determinados reduccionismos que, por desgracia, hoy, resultan muy extendidos en relación con la noción misma de belleza. En efecto, con frecuencia, en nuestro tiempo, vemos limitada la concepción y estima de lo bello al mero aspecto sensible externo de las realidades dotadas de una figura material. Esto, hasta el punto de que esta reducción actual de toda la belleza a su sola significación sensorial nos ha conducido a padecer, a menudo, una dura tiranía social, la de lo bello puramente exterior y corporal que se nos impone como criterio único y despótico de valor². Es este un reduccionismo injustificado ya desde la propia etimología, si atendemos al origen de la voz *belleza*, dado que este se encuentra ligado con los términos de bien y de bueno, cuya amplitud de significación resulta mucho más grande sin duda que la que hoy concedemos a lo materialmente bello³.

Por todo lo anterior, el futuro del ser humano requiere “la contemplación”, serena y admirada a la par, de la más alta belleza dimanada por la persona humana. Esta contemplación de su belleza nuclear ha de animarnos a apreciar a las personas humanas, a todas y a cada una de ellas, en lo posible. Debe alimentar, así, el crecimiento o desarrollo continuo y la práctica comprometida de todos los valores, por parte de los sujetos y de sus comunidades⁴.

Si nuestro porvenir pende del valor y de la belleza misma, manifestados por la persona humana, ello se debe a la belleza singularísima de la fuente genuina de la que estos brotan. En pocas palabras, no hay valores sin una condición previa: admirar la belleza más honda, la más profunda, que palpita en el ser íntimo, interior de la persona⁵. Pero ¿qué

² Cfr. E. GERVILLA, “La tiranía de la belleza, un problema educativo hoy: la estética del cuerpo como valor y como problema”, en *Teoría de la educación, Revista interuniversitaria*, Universidad de Salamanca, n° 14 (2002), pp. 185-206.

³ Esto obedece a que *bello* procede del latín *bellus*, que es diminutivo de *bonus* (‘bueno’), y que a su vez viene del preclásico *duonus*. Este último término conecta con el protoindoeuropeo *dwene* (de la raíz *deu*, ‘hacer’).

⁴ C. DÍAZ, *El libro de los valores personalistas comunitarios*, Ed. Mounier, Madrid 2000, pp. 46 y ss.

⁵ U. FERRER, *¿Qué significa ser persona?*, Palabra, Madrid 2002. En especial, su síntesis de la visión de la persona de Edith Stein, pp. 60-67.

es, o mejor, cómo es una estética-ética en esta clave de lo más hondo o interior de la persona?

A nuestro entender, de lo que se trata aquí no es sino de captar, con asombro, la luz que emana desde el centro mismo del ser personal, de su raíz más fecunda. Y, también, de osar indagar y reflexionar –con nuestra razón-cordial– en lo profundo que la irradia⁶. Sin embargo, pese a esto, paradójicamente, hoy, la humanidad parece contemplar la belleza de casi todo, excepto de sí misma en su sentido más profundo. Vive fascinada, obnubilada incluso, por el reflejo luminoso de las cosas, que aún destellan su intenso brillo en el tiempo, incluso en medio de esta época de oscuro nihilismo cultural. Su ojo se ha abierto estético hacia todo, excepto hacia su propia existencia. Se parece al protagonista de la simbólica obra de Wilde, a ese desconcertante caballero, de mero atractivo exterior, que se ocultase a sí mismo, asqueado, su propia figura vacua y decrepita, debido a alguna inconfesable razón⁷.

En los últimos tiempos, se ha vuelto a valorar, en parte, la belleza impagable de la naturaleza. Tal vez, esto a causa de nuestro creciente conocimiento sobre la escandalosa fragilidad de la misma, ante nuestra voluntad destructora. Mas, en particular, vivimos, desde hace ya varios siglos, fascinados por la belleza de nuestras propias realizaciones. Desde el Renacimiento, nos hemos convertido en suicidas narcisos, siempre al borde de perdernos tras nuestro autohipnótico reflejo. En especial, nos hemos enamorado del brillo de nuestra fatua ciencia y de su transformación en una pretenciosa autosuficiencia, devota una hipotéticamente omnipotente tecnología. Nuestras propias producciones técnicas y científicas nos mantienen sumidos en un confuso estupor. Pero qué son estas bellezas asombrosas, sin su más honda raíz... En qué quedan, cuando se las separa, de modo drástico, del humus que las nutre, y del sol que les da la vida.

En el fondo, la belleza del cosmos o del universo, y la del obrar humano, derivan de una hermosura mucho más profunda. Esta es la belleza radical y originaria de la “unicidad” e irrepitibilidad de la persona⁸. Una belleza que posee toda y cada persona, en un grado singular pero inagotable, a la vez; una hermosura que remite, de modo directo, a lo

⁶ Cfr. J. M. BURGOS, *Antropología: una guía para la existencia*, Palabra, colecc. Albatros, Madrid 2003.

⁷ Un icono de este fenómeno se halla, en efecto, en la novela de Oscar Wilde *El retrato de Dorian Gray*, Ed. Espasa-Calpe, Madrid 2000.

⁸ Sobre el valor de la persona, puede verse: J. BARRACA, *El valor incomparable de la persona*, en *Comunicar valores humanos*, coord. por J. M. Méndez, AA. VV., Unión Editorial, Madrid 2002, pp. 203-217.

infinito. En efecto, he aquí una belleza de tal calibre que el más sobrecolector horizonte no llega ni a columbrar. Una belleza que nunca se apaga, ni siquiera en el rostro que ha sido destrozado o deformado. La fecunda tierra de lo humano y la luz de lo divino se conjugan en esta belleza del ser de la persona. Así, aunque su planta hunda sus pilares en lo finito o temporal, eleva también la dignidad humana hacia su inspiración última, señala hacia la misma trascendencia, cual un horizonte inacabado y evocador.

4. Sobre cuatro dimensiones de la belleza profunda de la persona humana

Cabe referirse, filosóficamente, a cuatro clases de belleza profunda o fundamental, en tanto presentes en la persona humana. Se trata de la belleza metafísica, la espiritual, la ética y la del amor o vocacional. Entre ellas, se dan evidentemente conexiones e interacciones múltiples, pues todas se vinculan y se asocian de distintos modos. Vamos a reflexionar, sin embargo, a continuación, en torno a cada una de estas, a fin de ahondar en las mismas con especial atención, así como con la intención de explorar luego sus nexos postreros.

4.1. La belleza metafísica de la persona

A cierta belleza profunda presente en el ser personal se la puede denominar como “metafísica”. Es la belleza que existe en el propio “ser” de los sujetos personales. No se encuentra ya en la figura física individual, desde la perspectiva puramente sensible. No consiste en la armonía o pujanza del cuerpo humano, ni siquiera en el fulgor que asoma, desde el rostro, por medio de esa ventana del alma que es la mirada. Sin duda, todo esto es real y admirable. Con justo esmero, lo han cantado los artistas de todas las épocas.

Se trata, aquí, en cambio, de nuestra belleza más íntima y honda en cuanto personas. La belleza de nuestro mismo ser, la que cabe llamar metafísica, entitativa u ontológica. Con otro lenguaje, Lévinas se ha referido también a lo radicalmente bello de nuestra “unicidad” y de nuestra irrepetibilidad o singularidad más genuina, a la manifestada inefablemente por el “rostro” (entendida esta expresión no como la mera faz humana, sino en su sentido levinasiano). Así, para él, en el rostro del otro se hace presente una belleza, a la par, testimoniada y opaca, que nos apela desde lo más hondo del humano ser y que rebasa los límites o fronteras de una sensibilidad meramente sensorial: “El Otro (*Autrui*) que se manifiesta

en el rostro, traspasa, de alguna manera, su propia esencia plástica a la manera de un ser que abre la ventana en la que, sin embargo, ya se perfila su figura”⁹. Es la belleza que resplandece en nuestra “originalidad” personal más profunda¹⁰. Una clase de belleza que “trasciende” la experiencia y la historia humanas –con los logros y horrores, que lastran nuestra memoria–, que quiebra desde dentro incluso la limitación o finitud estrictamente individual de cada sujeto. En ella, pues, late el pulso de una apertura genuina a lo Otro, a la alteridad más absoluta; en definitiva, a lo trascendental¹¹. Debido a todo ello, al hablar de este sentido preciso de la belleza se ha escrito: “Pero la belleza pertenece al ser, no al depauperado sino al saturado, al ser divino, al ser personal”¹².

De hecho, se dice que la belleza sintetiza en sí a todos los trascendentales del ser. La belleza implicaría la vinculación singularísima que se da entre lo bueno, lo verdadero y lo uno, pues consiste en la armonía de su conjunción, dado que estos convergen al cabo en un punto. De manera que la belleza no solo es buena, verdadera y unitaria, de algún modo; sino que, también, en su más alto sentido y alcance, la Belleza con mayúsculas o en sí es también el Bien, es la Verdad y es la Unidad¹³. He aquí la belleza propiamente metafísica, una innominada dimensión del ser mismo¹⁴, aquella que conectamos desde esta reflexión con el máximo grado de ser que supone precisamente la persona. Así, no ha de extrañarnos el que se haya llegado al extremo de aseverar que “la Belleza es Bondad”¹⁵. O, también, que se afirme que la belleza y el bien convergen en lo supremo o más alto, en la divinidad misma, de la que todas las restantes bellezas y bienes no constituyen sino un reflejo, incluida la propia persona humana. Por esto, “Dios es el Bien. Pero es también la Belleza”, consigna literalmente el pensador francés contemporáneo G. Thibon¹⁶. En sintonía con esto, recordamos también un pasaje particularmente elocuente de D. V. Hildebrand a propósito del fundamento postrero de todo lo bello en el mismo Creador: “En algunos artículos anteriores he discutido sobre el misterio de la belleza en las cosas visibles y audibles, la

⁹ E. LÉVINAS, *Humanismo del otro hombre*, Ed. Caparrós, Madrid 1993, p. 45.

¹⁰ Cfr. J. BARRACA, *Originalidad e identidad personal*, Ed. San Pablo, Madrid 2017.

¹¹ Una fértil figura de esta visión trascendental de lo bello se halla hoy en el pensamiento de H. U. von Balthasar. Cfr. H. U. VON BALTHASAR, *Gloria: una estética teológica*, vol. I. “La percepción de la forma”, Ed. Encuentro, Madrid 1985.

¹² M. IRIBERTEGUI, *La belleza de María: ensayo de teología estética*, Ed. San Esteban-Edibesa, Salamanca 1997, p. 47.

¹³ Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, BAC, Madrid 1964.

¹⁴ Cfr. A. LOBATO, *Ser y belleza*, Unión Editorial, Madrid 2005.

¹⁵ Cfr. J. RATZINGER, *La Belleza es Bondad*, Encuentro de Rímimi, Rímimi 2002.

¹⁶ G. THIBON, *Una mirada ciega hacia la luz: reflexiones sobre el amor humano*, “El bien y la belleza”, Belacqva, Barcelona 2005, pp. 83 y ss.

belleza de la naturaleza, de las bellas artes y de la música. He mostrado que esta belleza no es simplemente la radiación de las realidades corpóreas y de la serie de sonidos en la que se manifiesta. Más bien, es algo que supera claramente, en su cualidad, el rango ontológico del ser en cuestión. No podemos exponer ahora este profundo problema. Pero debemos señalar que presenta un especial mensaje de Dios, un brillo específico de la infinita belleza de Dios (...)”¹⁷.

Poco más adelante, Hildebrand vuelve a remarcar este íntimo vínculo ontológico entre lo bello y lo más alto, entre las creaciones bellas y la Belleza misma: “Esta belleza nos habla de un mundo superior. Es un rayo del Padre de todas las luces. Eleva nuestro espíritu y colma nuestro corazón de anhelo por un mundo superior. La belleza sublime de la naturaleza sobrepasa el valor ontológico del ser en el que captamos la belleza; en su cualidad, refleja a Dios de un modo directo y profundo”¹⁸.

Junto a todo lo anterior, debe anotarse que esta belleza ontológica y metafísica, fundamentada en el Ser con mayúsculas, es, además, la que alienta en lo más hondo de la persona, y, de este modo, a su vez, la raíz del resplandor de su incomparable dignidad. Por tanto, lo bello de su ser ha de movernos a un sumo respeto hacia toda y cada persona, más allá de sus actos o conductas particulares. Se trata de una cualidad intrínseca, derivada de su forma de ser, no de su actuación concreta; o, mejor, es su ser mismo visto desde la óptica o perspectiva de su hermosura más íntima. Al contemplar, así, a la persona, la admiración debe invitarnos a vivir a la altura de dicha dignidad. Esto, en relación con nosotros mismos, en cuanto personas, pero también como es obvio y obligado con los otros.

Por otro lado, se ha definido lo bello –el *pulchrum* de los latinos– como la difícil articulación de la proporción, la completitud o integridad, y la claridad, en un mismo ser¹⁹. Pues bien, los tres elementos pueden atribuirse, en un grado excelso, a la persona en su ser mismo, a toda persona, por tanto, y a cada persona individualmente considerada. Vamos a examinarlo.

En primer lugar, la belleza metafísica de la persona se muestra en la “claridad” de su propio ser. Esta luz emana de su propio “acto de ser”, de su ser “quien” es, y no otra cosa u otra persona. Podemos llamar a esta

¹⁷ D. V. HILDEBRAND, *Ética*, Ediciones Encuentro, Madrid 1984, p. 165.

¹⁸ *Ibid.*, p. 165.

¹⁹ Sobre la belleza en la reflexión filosófica actual, desde una óptica personalista, puede acudir a la obra en general de A. López Quintás. Cfr., por ejemplo, A. LÓPEZ QUINTÁS, *La Filosofía y su fecundidad pedagógica*, Rev. Estudios, Madrid 2003.

nota la “transparencia luminosa” de la persona. Dicha transparencia pertenece, por derecho y de forma única, al ser personal, un ser verdaderamente inigualable y plenamente “actual”. Esto, pues la persona contiene el máximo grado de ser posible, delimitado en cada caso por su naturaleza o esencia, ya primera o segunda (en el ser humano, para empezar, la racional)²⁰. Esta transparencia o luminosidad más plena, presente en la persona humana, y al cabo reflejo de la divina, no equivale en el ser humano a la sinceridad o autenticidad moral, que, sin embargo, debe responder a ella. Se trata de la superior acogida y proyección de la luz espléndida del ser de lo real que encarna el sujeto personal.

En segundo lugar, la belleza inagotable de toda persona se encuentra en la especial armonía interior de su ser. Existe, en efecto, una proporción admirable en el acto de ser persona. El acto personal –que no los actos segundos, puestos por el sujeto personal finito, a menudo desproporcionados– revela una prodigiosa simetría interna. Esta “forma” se halla en una íntima correspondencia con su materia. Dicho de otra manera, el acto propio de ser persona “unifica”, de modo sorprendente, la naturaleza o esencia en que la persona es, con su existencia concreta e intransferible del todo.

Por último, la persona es “completa”, de una manera extrema, en cuanto a su ser específico. Lo completo, lo sin carencia o falta de la persona, se devela en su acto primero. Así, su acto de ser, o la actualidad misma de su ser persona, exhibe una singular perfección, en su no incluir ausencia de nada apropiado. Ello, por el don peculiar de la vida inteligente (o del espíritu), que le da plenitud a su ser, y lo llena o completa, lo acaba, al vivificarlo por entero.

En síntesis, podemos señalar esta belleza metafísica de la persona refiriéndonos al orden interno de su ser. La belleza se define como *splendor ordinis* (y *splendor formae*). Ahora bien, la persona se halla inimitablemente ordenada por dentro, desde su íntimo acto de ser. En concreto el orden interior de la persona humana ha llevado a los filósofos a considerarla un “microcosmos”; es decir, un pequeño universo, en sí mismo, en cuyo seno se vinculasen sus diversos principios. En un sentido derivado de este hecho, se afirma –con razón– que el mundo entero se halla “ordenado” a la persona humana, por cuanto esta supone la meta y el sentido más plenos de su devenir. La persona humana es la cima del cosmos, de esta manera, su cumbre más hermosa, y desde ella se divisa

²⁰ Para una profundización en el ser específico de la persona, remitimos al tratado sobre la persona de E. FORMENT, en *El pensamiento de Santo Tomás de Aquino para el hombre de hoy*, A. LOBATO (director), AA. VV., tratado 3º, Edicep, Valencia 1994, pp. 685 y ss.

mejor, siempre con una encendida admiración, la realidad. He aquí, en fin, en esta concreta belleza personal, la atalaya desde la cual cabe al ser humano vislumbrar todas las otras bellezas. En todo caso, dado que los demás tipos o distinciones de la belleza han de anclarse y sustentarse sobre el ser, apoyarse en alguna realidad concreta, no cabe duda de que esta clase de belleza constituye el punto de sustento y de arranque de la consideración de las restantes, al menos en el sentido de lo que aquí se está investigando.

4.2. La belleza del alma o de lo espiritual

Lo bello es lo que, al ser captado, place a la razón, de acuerdo con Tomás de Aquino (“*quae visa placent*”; Tomás de Aquino: *S. Theol.*, I ps., q. 5, art. 4, ad 1). Mas, según este aserto, la persona ofrece un sumo contento a la contemplación estética más profunda. El motivo se halla en que, a la razón, nada puede agradarle más que captar el inigualable orden interno, presente en lo intelectual-cordial o en lo espiritual. La razón se complace al ver lo que vive de modo inteligente-volente-afectivo, encuentra un deleite especial al contemplarlo. Su “armonía” resulta incomparable en medio de lo real, además de armonizar en sí cuanto unifica y reúne al captarlo y transparentarlo en su interior.

Por encima de las realidades materiales, paisajes, obras de arte, realizaciones técnicas, la mente humana queda sobrecogida ante la sugerente presencia de la unidad en la diversidad que conjuga lo espiritual. Por supuesto, esto lo conoce también inicialmente gracias a sus sentidos, pero no solo por medio de ellos, puesto que propiamente lo espiritual es invisible, en cuanto no es visible de modo directo a los ojos.

De aquí, el que el mismo Tomás de Aquino concluyese, en su momento, que nada hay más bello que un alma buena. Esto, dado que el bien constituye el horizonte de perfección o de plenitud de la naturaleza de todo ser, a causa de la armonía interna que representa, junto al hecho de que bien y bello al cabo convierten (“*pulchrum convertitur cum bono*”; Tomás de Aquino: *In de Div. Nom.*, c. 4, 1. 22). De aquí que, también hoy, se haya reflexionado acerca de la belleza presente en el alma de la persona humana, de un modo que en parte se aproxima a lo antedicho; así: “En efecto, la esencia humana es susceptible de ser embellecida irrestrictamente por cada persona humana, y entonces se habla de almas bellas o hermosas”²¹.

²¹ J. A. SELLÉS, *Antropología para inconformes*, Rialp, Madrid 2006, p. 474.

Esto lo entenderemos, también, si captamos que el mismo término *hermoso* –de *phermosus*–, indica “forma” –de *morfé*–, frente a lo “in-forme”, lo “de-forme” o lo “a-morfo”. Pues bien, la forma de toda otra forma del hombre es justamente “el alma”; lo espiritual conlleva la forma de las formas, en la persona. Su parentesco con lo bello aparece así desde su mismo origen. Acaso también por esto, en parte, poetas y artistas, de todo tiempo y lugar, se han mostrado sensibles, se han conmovido y han manifestado la inmensa belleza alojada en el interior del espíritu personal: “(...) sé que al espíritu le cabe más Belleza que al sol o a las hierbas. Sé que el espíritu es más bello”²².

Nosotros podemos resumir esta idea apuntando que, en definitiva, la inteligencia-corazón, la agudeza e intimidad extremas de la persona, su espíritu, todo lo penetran y buscan asimilarlo, anhelan alimentarse interiormente con cuanto reconocen como bueno. Así, nuestra razón-corazón se hace todo en todo, de alguna manera, llenándose de cuanta belleza se halla dispersa en el mundo, condensándola en sí, armonizándola, ordenándola en una síntesis inigualable operada por nuestro espíritu.

4.3. Lo hermoso del carácter moral o de la libertad buenos

Los antiguos griegos reunían, tal como es conocido, en una única expresión la referencia a lo bueno y a lo bello (lo *kalós-agathón*). Con ello, indicaban la estrecha relación que palpita, en efecto, entre el bien y la belleza. Además, proyectaban esta idea sobre el ser humano, y hablaban del sujeto “noble”, con nobleza (*aristós*; virtud se decía *areté*), cuyo carácter moral o *êthos* era a la par bello y bueno. *Noble* era, por tanto, el que poseía tanto el atributo de lo bello, como el de lo bueno. Mas este no constituía, solo, un ser más o menos digno de admiración, sino que implicaba un modelo a imitar, un horizonte de excelencia al que cada persona debía tender, desde su propia libertad, creatividad e identidad, gracias a la ayuda de una esmerada educación (*paideia*).

La síntesis de lo bello y lo bueno, en lo humano, no proviene, ciertamente, de un golpe de efecto aislado, sino que surge del propio carácter. Es el ajustar, libre y creativo, duradero, de nuestra vida a lo valioso, lo que va conformando su esplendor. Pues bien, en ello se halla una enorme belleza. Esta es la del actuar ético-estético que se ha radicado, por el hábito virtuoso, en nosotros, hasta conformar todo un carácter ético o moral. Ahora bien, la persona constituye precisamente el protagonista

²² P. A. URBINA, *Filocalía o Amor a la Belleza*, Rialp, Madrid 1988, p. 170.

de esta belleza ético-estética más honda. Lo es, porque en ella se sitúa el sujeto mismo del obrar, de la vida ética o de la libertad. Toda persona porta en sí la virtualidad de configurar esa personalidad propia, de acuerdo con los valores y la virtud, la de elevarse o no en su dignidad ética. De ahí el que, cuando actúa de esta forma, la persona se reviste de una destacada nobleza. Al desarrollar su carácter o personalidad, de acuerdo con esta excelencia, se realiza más plenamente, y configura bellamente su propio ser libre.

Esta clase de belleza –la belleza moral– brilla en las obras más nobles de los seres humanos, en aquellas que nacen de su libertad, y se adecuan a su naturaleza, orientada al amor. Desde luego, su última raíz arranca de la belleza ontológica o metafísica de la persona, la de su ser. Gracias al ser absolutamente único e irrepetible, no ya de su carácter o libertad éticos, sino de su mismo ser, de su acto de ser quien es, la persona cuenta con el fundamento profundo para la belleza ulterior de su propio obrar.

4.4. Belleza del amor y de la vocación personal

Sin duda, el amor otorga a la persona el aro luminoso desde el que se muestra su belleza. Él pone la luz, que la belleza de la persona encarna y refleja de modo incomparable, y a la par de manera inextinguible. La persona es en su mismo origen amor, y su ser mismo lo refracta, por encima de su ejercicio concreto de la libertad. Debido a esto, corresponda o no al amor que le da el ser, la persona humana lo contiene en su existir, en tanto es reflejo o imagen del mismo, aunque no equivalga ella misma a ese amor infinito del que en último sentido procede²³.

Nada hay más bello, en fin, que el amor concreto de la persona, el amor personal. Ante todo, porque ser y amor confluyen, al cabo, en la unidad y autenticidad del bien, cuyo extremo es un bien personal. El amor mejor es, en efecto, también, personal; no es el amor en abstracto, ni un querer genérico sin nombre propio –nombre propio es el de la persona, o el de lo que refleja su belleza–. Nótese que no se trata, aquí, del amor como mera capacidad, de la potencia sin acto para amar, sino del “acto de amor”, y, además, del acto de los actos, que pertenece siempre a la persona. Ella trae su origen de un acto de amor personal tal, que funda su existencia; un amor en acto infinito, que late, siempre palpitante, desde lo alto, y que se orienta a la persona, que ha hecho y que sigue haciendo –que engendra o crea–, que funda a la persona. Un amor originario,

²³ C. DÍAZ, *El Nuevo Pensamiento de Franz Rosenzweig*, Fundación Emmanuel Mounier, colección Persona (nº 26), Madrid 2008, pp. 50 y ss.

en definitiva, que constituye el origen genuino del fondo de su ser, y al que toda y cada persona está llamada a responder. Sobre la inmarcesible belleza de este Amor, del que al cabo procede todo otro amor y ser, incluida obviamente toda persona, se ha escrito: "(...) el ser de la belleza es amor./ Amor, que es lo que queda después del largo periplo de la belleza a través de la historia, en su retorno al Ser; pues el Ser es Amor, y en su estadio final todas las obras, transmutados su espacio y su tiempo, serán amor, en que brillará la belleza pura, en el Uno"²⁴.

Esta llamada del amor y al amor se contiene en el núcleo de la persona, de su ser²⁵. Procede, en último extremo, del Infinito, de Dios mismo, al modo de una insoslayable invocación o reclamo, que se convierte, en la dimensión comunitaria del sujeto, en una convocación a la unidad interpersonal más estrecha. Por otro lado, la propia persona llama a cuanto le rodea; y lo hace, de modo plenamente personal, a las otras personas. Su voz tiene un timbre inconfundible, singular, al igual que su nombre propio. Llama, en efecto, a participar de su vida, de su existencia única e irrepetible a través del amor, participación que no significa jamás confusión, asimilación reductora. Esta es la fuerza del amor personal: la "unidad en la diversidad", el principio, a su vez, de su inimitable belleza.

La persona quiere, pues, con su llamada, comunicar su bien máspreciado, a sí misma, sin disolverlo en el otro. Está abierta, desde dentro, a lo otro y a lo real en su integridad, hecha para acogerlo y darse a ello. Esta apertura intensísima a lo real hace que la persona pueda describirse en suma como una llamada o vocación y "una entidad relacional"²⁶. Llamada del Infinito, al cabo, en su último alcance, que llama a su vez al encuentro, de modo inigualable. La persona supone, en fin, una voz única y original, inimitable, que clama sin cesar al otro. Esto, gracias a que ella misma es solicitada, tierna e íntimamente, por una apelación radicalmente diferente de sí, que la interpela desde lo más alto.

Precisamente, en esta solicitud intransferible, originaria de todos y de cada uno, a la vez que abierta hacia todos y hacia cada uno, en esta vocación encarnada que supone la persona, se revela una peculiar muestra de lo bello. Por esto, dicha apelación nos ofrece una síntesis de cuanto aquí hemos procurado dibujar. Se trata del reclamo de una solicitud que anida, de alguna forma, en lo más profundo de nuestra profundidad, en lo más íntimo de nuestra intimidad: en nuestro "corazón".

²⁴ P. A. URBINA, *Filocalía o Amor a la Belleza*, cit., pp. 66 y 67.

²⁵ Sobre la vocación, el amor y la persona, cfr.: J. BARRACA, *Vocación y persona*, Unión editorial, Madrid 2003.

²⁶ C. DÍAZ, *Para ser persona*, Instituto Emmanuel Mounier, Las Palmas 1993, p. 80.

Acerca de la realidad del corazón, de su centralidad para una honda antropología y de sus implicaciones cognoscitivas y estéticas, aquí, remitimos en el contexto del pensamiento español sobre lo estético y la antropología filosófica a María Zambrano. Esta pensadora orientó su fecunda clave de la razón-poética o de la razón-cordial justamente al corazón, concibiendo este como el nudo personal más integrador de las diversas dimensiones de lo humano, como el auténtico fondo y la encrucijada decisiva de nuestros aspectos y elementos. De acuerdo con ello, la filósofa-artista escribió: “Mas luego, en un instante, el punto oscuro del yo se viene a encontrar como centro de una cruz; entonces, sin sobresalto alguno, el corazón ocupa su lugar, se hace centro”²⁷.

Así, el corazón humano se nos muestra finalmente como un núcleo que convoca en sí todas las bellezas que aquí se han convocado en relación con la persona humana. Incluso cabe, ahora, añadir, para terminar, que se ha señalado que no existe belleza más intensa y honda, en este mundo, que la radicada en el concreto corazón “de una madre”²⁸. De aquí, el que esta esplendente belleza del interior maternal se haya visto cantada por los poetas y artistas de todas las épocas²⁹. Este adentro transido por la llamada, foco nuclear del amor personal, simboliza, en definitiva, esa belleza más honda de la persona humana acerca de la cual se ha querido aquí reflexionar. Gracias, en fin, a esta convergencia de los diversos aspectos de lo bello en la unidad e integridad del ser personal, que confluye en nuestra interioridad más honda –denominada aquí con el término *corazón*– podemos concluir cómo todos estos sentidos de la belleza profunda se anudan estrechamente y se entrelazan con fecundidad en el sujeto personal.

Conclusiones

Existe, en síntesis, una inconfundible e insobornable belleza: la belleza de la persona. Aquí nos hemos referido a ella en su alcance interior, el más hondo, y desde la perspectiva u óptica precisa de lo filosófico, en concreto, en consonancia con un estilo de pensamiento centrado en la realidad personal.

²⁷ M. ZAMBRANO, *Claros del bosque*, Seix Barral, Biblioteca Breve, Barcelona 1977, p. 127.

²⁸ Cfr., como muestra, la obra de H. U. VON BALTHASAR, *El corazón del mundo*, Ed. Encuentro, Madrid 1999.

²⁹ En concreto, se ha loado la honda e incomparable belleza de María, madre de la Belleza misma. Cfr. F. CONTRERAS, *María, belleza de Dios y madre nuestra: comentario literario-teológico a los más hermosos poemas marianos del siglo XX*, Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra) 2004.

Ahora bien, solo desde una admiración y consideración atentas de esta belleza profunda cabe rendir el tributo debido a la persona. Esto, a su vez, resulta indispensable para nuestro humano porvenir, pues solo ella puede encaminarnos hacia un respeto profundo del ser humano y de los valores.

Esta belleza, en el caso del sujeto humano, posee diversas dimensiones o aspectos. Entre ellas figuran: la metafísica u ontológica, la de lo espiritual, la moral o ética, y la del amor o vocativa/vocacional. Estas distinciones se revelan como no excluyentes. Al analizarlas, y reflexionar en cada una de las mismas, podemos apreciar que entre todos estos sentidos de lo bello más hondo de lo personal humano se aprecian continuas interacciones. Al cabo, todos estos aspectos convergen en la totalidad integrada del sujeto personal.

Finalmente, cabe advertir que la llamada apelación o vocación encarnada en lo personal nos remite al interior más profundo de nuestro humano ser, que cabe simbolizar en el término *corazón*, como núcleo central de la persona humana. En este sentido, se afirma que la clave u obra maestra de la belleza en lo humano no es otra sino la interioridad misma del sujeto. De algún modo, se trata de esa misteriosa realidad que supone la sede de lo más íntimo, de lo cordial en las personas humanas. Lo hermoso de este centro de la intimidad personal sintetiza la multiforme y rica belleza a la que nos hemos referido, pues apunta certeramente a la mayor armonía posible, a la integridad o unidad en su máximo grado. De esta forma, el amor cordial –el recibido o emanado en ese núcleo del sujeto– supone la corona que señala hacia una belleza cimera, a la par que nos orienta hacia una cúspide de belleza incomparable.